

La Cisterna

Jairo Morales Henao

Este retrato debería grabar siempre en nuestras mentes la crueldad y brutalidad de tantas formas de vida barridas por la modernización. Mientras recordemos la suerte corrida por Margarita, seremos inmunes a la añoranza nostálgica de los mundos perdidos.

Marshall Berman. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. A propósito de Margarita, personaje de Goethe en *Fausto*

Siempre veo manos esclavas en la fija neblina del tiempo.
Reinaldo Arenas, *El Central*

La novela de Rocío Vélez de Piedrahita, *La Cisterna* (1971), hunde sus raíces en una situación de opresión y discriminación históricas de la mujer colombiana sobre las que ya se ha escrito mucho y de las que es posible ofrecer innumerables ilustraciones, con sólido respaldo documental, que evidencien para un lector de hoy un estado de cosas al respecto que no sólo es difícil de comprender sino hasta de imaginar, pero que fue real, y que, quién lo discutiría, conoce de prolongaciones en el cuerpo social contemporáneo colombiano y antioqueño, a pesar de que nadie negaría hoy tampoco los cambios favorables que registra la situación de la mujer en los campos laboral, político, cultural y social, en general. La profundidad y amplitud social y espiritual del problema, que constituye el tema de fondo de esta novela, le otorga su interés y universalidad, y el tratamiento estético, su eficacia literaria, su poder de seducir al lector y conducirlo a una reflexión seria por la vía de la recreación e individualización artística de una situación particular que encarna innumerables

dramas personales. No se trata de una problemática tan distante si se miran las cosas en términos históricos.

Resulta conveniente traer a cuento un antecedente literario antioqueño de *La Cisterna*, *Una mujer de cuatro en conducta*. Esta novela ubica la acción de su historia entre los años 1930 y 1939, aproximadamente, aunque fue publicada en 1948, es decir, ayer. Esta obra de Jaime Sanín Echeverri relata —solicitamos comprensión para la síntesis tan apretada que nos disponemos a hacer a continuación— el proceso de destrucción de una mujer pobre, de origen campesino, a manos del medio social; una maquinaria que paso a paso, y sin que ella pueda evitarlo, la saca de su pobreza campesina para ofrecerle la “solución” del servicio doméstico, donde los pocos que la tratan bien no bastan para evitarle sufrir todas las vejaciones y mezquindades derivadas de su oficio en nombre de “querer ayudarla”; luego, bajo el supuesto de pretender hacer de ella una persona educada, esa maquinaria la somete a la disciplina de cárcel de un internado de religiosas; más tarde la premia con un empleo en una fábrica textil, donde sufre una explotación doble, como obrera y como mujer, pues, al igual que a todas las trabajadoras de entonces, se le pagaba menos que a los hombres por el mismo horario e idéntico trabajo; la prostitución la acoge a continuación, oficio en el que conoce un ricacho que la convierte en su querida, pero el hombre muere pronto; su “parábola vital” concluye con una acusación de asesinato y se la condena, aunque es inocente, y con el posterior ingreso a la vida conventual, donde la alcanza la maledicencia ciudadana poco antes de su pronta muerte. Esta tragedia ocurre en nueve años de la vida de Helena Restrepo, el personaje protagónico. El drama de Celina, el personaje central de *La Cisterna*, es de otro orden que el de Helena Restrepo en cuanto a características sociales e individuales, y en relación con lo que pudiéramos llamar rango de su frustración existencial, pero el sustrato, el limo que origina los dos casos, es el mismo: las condiciones históricas padecidas por la mujer colombiana en todas las épocas toda su historia y que sólo en las últimas décadas muestran cambios favorables importantes; condiciones que han comprometido todos los espacios de la vida de las mujeres: su lugar ante la ley; sus opciones

de realización personal más allá de su lugar convencional en el hogar; su papel en la política, el arte, la literatura y en la vida social en general; su cuerpo. La mentalidad dominante que padecía, en una palabra, su ser.

El drama de Helena Restrepo en *Una mujer de cuatro en conducta* ocurre en un plano que pudiéramos señalar como más evidente, público e inmediato que aquel, más sutil, secreto y familiar de Celina en *La Cisterna*. Evidente en cuanto a que la tragedia vivida por una campesina, una sirvienta, una obrera o una “mujer pública”, es de una percepción más inmediata —el tratamiento de estos papeles sociales constituye desde hace mucho tiempo tema de diversas disciplinas: la historia, la sociología, la economía, etc.— que el vivido por una mujer en una familia cuya esfera de vida pertenece convencionalmente a lo “privado”. El drama de Celina ocurre, por decirlo así, en un plano más silencioso, lo que, en cierto sentido lo hace más terrible. Desde el punto de vista estrictamente temático esto marca una diferencia profunda entre las dos novelas. Lo otro es el tratamiento, del que nos ocuparemos luego, por fuera de intenciones comparativas, ya que nos centraremos en el significado y valor particular de la novela de Rocío Vélez de Piedrahita. Si hemos traído a cuento la novela de Jaime Sanín Echeverri ha sido, en primer lugar, además de su cercanía cronológica, pues apenas las separan veintitrés años, lo que en términos histórico literarios es poco tiempo, para resaltar que la esfera en que se tocan sus respectivos asuntos ha sido de tal magnitud en términos de nuestra realidad histórica colombiana y antioqueña, que ha movido a otros escritores de ficción a ocuparse de ella, desde los tiempos de Carrasquilla, Rendón y Restrepo Jaramillo, y aun antes, como lo ponen de presente algunos matices de los cuadros de costumbres de Emiro Kastos. Y en segundo lugar, como ya lo señalamos, con el propósito de destacar el interés colectivo, histórico, universal, del tema de que se ocupa *La Cisterna*. Ahora veremos con detalle lo que individualiza esta novela en asunto y tratamiento literario, lo que la hace novedosa, valiosa y relevante en la literatura colombiana.

Desde el comienzo, y durante un buen número de páginas, se tiene la impresión de estar leyendo un relato liviano, incluso algo soso, haciendo



equilibrio sobre el abismo de lo anodino, aparentemente mero cotilleo de sesgo costumbrista sobre una familia típica de clase media —media o media— alta en el Medellín de los años veinte a los años cincuenta del siglo XX (en realidad la cronología de la novela llega hasta los setenta pero el relato central ocurre entre los treinta y los cincuenta). Sin embargo, sin tremendismo alguno, de una manera casi imperceptible, y recurriendo a un juego de espejos entre perspectivas diversas, que incluyen lo realista, lo onírico y un imaginar en absoluto timorato de cruzar la frontera del realismo, además de utilizar tanto el lenguaje de la representación como el de la narración, el relato se va despojando de esa apariencia trivial hasta dejarnos en el centro de un infierno, tanto más perturbador en cuanto el drama discurre bajo el guante de seda de las formas sociales de “buen recibo” en el trato civilizado entre los miembros de una familia y la apariencia conciliadora de la normalidad exterior convencional, guante de seda que esconde malamente la realidad de unos valores colectivos sobre el deber ser de la mujer que imponen como la perspectiva de vida “natural” y, por lo tanto, “mejor”, “más deseable” y, a la larga, única para ella, el matrimonio, y la otra realidad, aquella donde se encarnan e individualizan esos valores colectivos, ya particularizados en las conductas de padres, hermanos, cuñados y demás fauna familiar de Celina, que pretenden encubrir la mala conciencia de sus conductas egoístas en el burladero del discurso hipócrita de supuestamente “querer siempre sólo su bien” (léase el personal de cada uno de ellos y en el sentido más chatamente egoísta, como lo deja claro más

... el relato se va despojando de esa apariencia trivial hasta dejarnos en el centro de un infierno, tanto más perturbador en cuanto el drama discurre bajo el guante de seda de las formas sociales de “buen recibo” en el trato civilizado entre los miembros de una familia y la apariencia conciliadora de la normalidad exterior convencional...

de un episodio). Todo ese andamiaje eriza sus afilados y aceitados recursos para obstaculizar las aspiraciones de una mujer, proceso que concluye en su destrucción espiritual y psicológica. A la larga la perjudicó haber estado dotada de una sensibilidad marginal a la roma y conformista del promedio, *haber querido ser otra cosa*, otro ser que una mujer “normal”, que “una ama de casa”.

La Cisterna relata, representa, esa destrucción progresiva pero implacable. A eso la conduce finalmente haber aspirado a construirse un destino de plenitud humana, otra opción que la que ella experimenta —en cabeza de madre, hermanas, cuñadas y otras mujeres por fuera de su círculo familiar— como arideces deshumanizadoras del matrimonio, de manera especial para la mujer, receta social que se le ofrece como única alternativa de vida. Los valores predominantes, encarnados en primera instancia en la mentalidad de sus padres, hermanos y cuñados, y una carga de egoísmo personal en cada uno de ellos a la que le quedaría en diminutivo todo aumentativo, ponen en acción todo su poder para oponerse a cada una de sus iniciativas —aun la de convertirse en religiosa— hasta hacerlas ripio, combinando todas las formas de bloqueo posibles, desde la oposición abierta pero que se esfuerza por no quebrar las buenas maneras, hasta la impugnación que se vela en el lenguaje melifluo del halago y la solicitud de aplazamiento de alguno de sus escasos proyectos, “dadas las circunstancias de la situación que atraviesa la familia por el problema de papá, mamá o perencejo”. Bien sea que se trate de darles a conocer a los suyos lo que aún no es más que aspiración incipiente, proyecto de vida firme o deseo simple de escapar por unas semanas de las tareas domésticas a las que por etapas la amarran “circunstancias objetivas”, la aceitada maquinaria familiar entra en acción refleja, en respuesta automática para estropeárselo. Esa astucia fieramente individualista, en la que cada uno no hace más que defender lo suyo, protegido en el burladero de supuestos intereses colectivos, consigue quebrar sus metas, grandes y pequeñas, entrampándola en urgencias del momento (cuidar a alguien de la familia que ha enfermado, encargarse por semanas de los niños de uno de sus hermanos para que éste pueda pasear con su esposa, convertirse en dama de compañía de su madre cuando ésta enviuda, responsabilizarse de

los preparativos de los encuentros familiares en las fechas especiales, etc.), y, con frecuencia, en argumentos sostenidos en prejuicios de época y clase social: “No sería bien visto que una muchacha como tú recibiera sueldo”.

Estudiar medicina, trabajar de enfermera voluntaria en un centro de salud (la única aspiración que se le permite cumplir aunque dentro de controles que la molestan), sostener una amistad con un hombre, aprovechar una oportunidad para viajar al exterior ofrecida por un hermano suyo, e incluso, como ya se dijo, hacerse monja, son realizaciones que podrían llevarla a evadir la tela de araña de una familia que se ha ido acostumbrando a disponer de ella como una doméstica más, sin paga, así como a escapar de esa otra tela de araña más vasta que es la franja estrecha de roles que la sociedad le tiene estatuidos a las mujeres de su condición. Siempre, en cada nueva coyuntura de su vida donde quiere torcer el rumbo prefijado por los otros y enrumbar por uno suyo, la rodean, cercan, acompañan y hostigan hasta el ensordecimiento el circo de frases del baúl inagotable de los lugares comunes ideológicos, fuera de los ya citados: “Habría murmuraciones si ese joven, cuyas intenciones y familia no conocemos, te sigue acompañando por las noches hasta la casa”; “Tu proyecto de estudiar medicina es interesante, ¿pero por qué no comienzas poniéndote a prueba en un centro de salud para que veas si eres capaz y te gusta?”; “¡Es el colmo!, ¿cómo no te das cuenta de que no nos puedes negar tu ayuda en este momento? Mira que mamá...”; “Celina, siempre tan rebelde, ¿qué vocación religiosa va a tener?”, etc., etc.

La condición célibe de Celina, como posible centro de su sentimiento de frustración, debe descartarse. La experiencia del matrimonio que llevaron sus padres —de los efectos en su madre, sobre todo— como la que le proporciona la vida matrimonial de dos de sus hermanos, cuyos techos comparte para ayudar, en un caso, y en plan de paseo, en el otro, le quita piso a esa interpretación suspicaz. Fue testigo lúcido del desmoronamiento lento pero implacable de su madre en la vida de matrimonio. A su muerte desliza el epitafio demolidor de la siguiente reflexión:

Doña Elisa murió como había vivido: de fatiga. No tenía enfermo el corazón que había trabajado siempre con un impulso parejo, sin sobresaltos ni prisa. No

tenía enfermo el hígado cuya bilis no había alterado la pesantez de los embarazos, la monotonía del hogar, las escapadas de su esposo. Estaban en perfectas condiciones la cabeza y todos los órganos sensoriales, jamás forzados a ver en detalle, oír con atención, retener abstracciones. Mejor que mejor tenía el alma, un alma enigmática, serena, imperturbable y fría, que no deseaba pecar, ni pensar, ni discutir y que acató sin resistencia visible cuanta norma le dieron en la infancia, con la ilusión de obtener así el Cielo, maravilloso lugar del eterno reposo. A ese reposo tendía todo su ser. Con el paso de los años su fatiga iba creciendo en profundidad y pesantez hasta convertirse en una cruz dolorosa e insoportable. La agobiaron sus setenta años de ‘no vida’ hasta llevarla al lecho y allí, rápidamente, sin un quejido, sin dolor, la mataron [...] El amor... ¿Qué había sido el amor para doña Elisa, si en el código de honor que le inculcaron, figuraba en primer término negarse el placer, como salvaguardia de la dignidad? Los hijos... ¿Qué habían sido, sino el fruto de la obligación? La mujer es ante todo madre, su deber es tener hijos... cuantos pueda... cuantos le mande Dios —¿Dios?— aunque se muera... Y, ¿qué pensar de aquella otra idea fija de que el único lugar adecuado para una mujer es su hogar y que la totalidad de sus actividades e intereses deben estar reconcentrados en él, norma que doña Elisa había observado, abrumada de fatiga, hasta la saturación?

Invitada a vivir en el hogar de su hermano Héctor a la muerte de doña Elisa, Celina tiene la oportunidad de conocer una realidad matrimonial y de hogar que en absoluto se corresponde con la imagen de armonía que aquél había creado en familiares y allegados, incluida la misma Celina, claro está. Poco a poco sorprende la realidad sórdida de una tiranía ejercida por su hermano, que durante toda la vida matrimonial, que no es breve porque el hijo mayor es ya un adolescente, ha hecho víctimas a los suyos de su megalomanía y de su obsesión maniática por la disciplina (“perfecta, constante, inmutable”). La primera víctima, claro está, es Cecilia, su esposa, cuya imagen oficial de mujer feliz se revela pronto como absolutamente falsa. La reemplaza la verdad de una mujer aburrida, crispada por la tensión a que la someten las exigencias de su marido, a punto de quebrarse por su encierro, sus fingimientos y su carencia de una vida propia, por fuera del asfixiante anillo de tiranía y egocentrismo que es Héctor. El matrimonio se le ha convertido en una cárcel, en un espacio físico y mental donde el placer y la alegría no existen, a pesar del bienestar económico, que no

es suficiente para ignorar, y mucho menos para disolver, la realidad de unas rutinas aburridas que apenas consiguen soportar marido y mujer. Cecilia busca una salida en el ejercicio de un apostolado caritativo que le justifique romper el ahogo de la casa por lo menos durante unas horas. Celina se hace cómplice de esas escapadas. Reemplaza a Cecilia en las fatigas domésticas, en el cuidado de los hijos y en la atención del padre de familia. Como en todo lo que intenta, Celina pone todo su empeño, y se podría decir que disfruta esa coyuntura que le permite apropiarse de la experiencia de vivir como una mujer casada. Pero Cecilia se compromete cada vez más con el asilo para el que trabaja, llega a presidir la junta que lo dirige, se compromete en campañas que ella misma contribuye a elaborar, establece contactos con personalidades de la ciudad que pueden darles la mano, etc. El resultado es que Celina asume la función social de madre que le corresponde a Cecilia hasta el punto que ya los hijos de ésta buscan en ella la opinión, el consejo y la confianza. Alarmada, Celina comprende que aquello es peligroso; Cecilia también. Las dos se ponen de acuerdo en renunciar a lo que comprenden no ha sido más que un intento fallido. La una regresa a su noria matrimonial; la otra, a su soledad y falta de vida propia.

Celina ha conocido antes, y ya en plan de paseo, la casa de su hermano Pedro —el hermano con el que menos se entendió mal desde la niñez— en Chicago. Después de los primeros deslumbramientos con un mundo más moderno y de las amabilidades iniciales de la familia que la acoge (amabilidad que no decaerá en ningún momento durante su visita), que la saca a pasear y no le pide que asuma carga doméstica alguna, Celina pone sus pies sobre el suelo real de aquel bienestar económico y aquel confort material donde ya la televisión interfiere la privacidad y tiraniza: un ritmo de trabajo agobiante —ella, la esposa, en la casa, Pedro en la oficina— que no les deja a todos más que los domingos en la tarde para salir a “darse una vuelta por ahí”. Otros aspectos, además, comienzan a distanciar a Celina del “sueño americano”: acostumbrada a los espacios más generosos de su casa en Medellín, a la amplitud de las habitaciones, a la existencia grata de patios, jardines, solares y corredores donde estarse sin estorbar ni que

nada la estorbe, choca con la realidad de una espacialidad limitada a lo mínimo funcional, que le hace añorar aquellas holguras hasta imponerle el regreso. No, definitivamente los matrimonios con los que ha convivido, comenzando por el de sus padres, como ya quedó señalado, no han contribuido a crearle el sueño de la felicidad del estado matrimonial.

Menos aún lo consigue su contacto con mujeres del pueblo, cuando a comienzos de los años treinta trabaja en el Centro Asistencial Ayacucho.

En menos de un año en el Centro Asistencial Ayacucho, Celina supo de la vida lo que probablemente jamás hubiera aprendido en el seno de su familia. Conoció el engaño, la mentira, la pobreza, las úlceras, los pólipos nasales, el dolor sin anestesia, el terror al hambre, la inutilidad del esfuerzo mal remunerado; se le trabaron el bien y el mal, se le nublaron los límites de por sí brumosos del deber libremente aceptado y la obligación impuesta, la diferencia entre egoísmo y defensa personal. Sin dejar de creer en Dios, perdió la confianza en Él.

Sólo horror y desaliento le causó la vida de aquellas mujeres que llegaban al Centro, mucho más que sus enfermedades y su pobreza. Llenaba las fichas con los datos de las pacientes como parte de sus labores. En este primer contacto, en los pasos subsiguientes del tratamiento y en las citas posteriores, supo de la paternidad irresponsable, de los efectos anímicos y materiales de ese abandono, y del papel que la ignorancia, el fatalismo y la amoralidad tenían en ello; del maltrato físico y moral que esas mujeres recibían de sus hombres —que no de sus esposos porque la mayoría mal vivían con sus hijos en una situación de orfandad de hecho— y de las enfermedades venéreas que ellos les contagiaban a menudo. Esa experiencia la padecía a veces casi como un contacto físico. Así, un día al pasar frente a una fila de esas mujeres que esperaban turno para ser examinadas por el médico sintió que “la mirada que clavaron en la joven no reflejaba sino una dolorida resignación a un sufrimiento sin horizonte”. En aquel ir y venir a través de toda esa espesa desolación, conoce a una mujer de nombre Blanca, de cuyo trato obtiene la revelación de unos hechos que la llenan de estupor. ¿Cómo podía aquella mujer seguir quedando embarazada de un hombre que la buscaba cada dos años y no asumía ninguna responsabilidad estable con ella y los hijos?

“Cada dos años le prometía amor. Cada dos años Blanca cedía a sus deseos, sabedora de que aquel hombre era el único ser a quien ella conocía, el padre de sus hijos, y tal vez... tal vez... Y aunque no cumpliera jamás su promesa, algo era en una vida sin luz, un hombre que cada dos años les daba golosinas a los niños y a ella un remedo de amor”. Celina no quiere creer que aquella mujer, que solicita curación para un seno que le supura, tenga tres meses de embarazo: “¿...suceden mucho... esas cosas?”, le pregunta al médico director del Centro —y cuyo trato, lo mismo que el de la señorita Rosa y la Hermana Santa Cruz, trabajadoras también del Centro, cumple un papel muy importante en la formación de Celina, pues en conversaciones con ellos conoce puntos de vista



Lucía Victoria Torres, Darío Ruiz, Juan José García, Rocío Vélez y Memo Ángel. Foto: María Teresa Ramírez.

y realidades sobre el matrimonio, la libertad, la maternidad, el aborto, etc., que no coinciden en absoluto con la ortodoxia aprendida en casa y en el internado—, “¡A diario!”, le responde el médico. También allí escuchará decir a la Hermana Santa Cruz: “lo que yo he visto del matrimonio no antoja a nadie”, para poner punto final a una amistosa pero punzante polémica que le ha propuesto el doctor Óscar sobre su condición célibe (de la Hermana) y sobre la supuesta entrega de su libertad a la comunidad religiosa a la que ha dedicado su vida, punto sobre el que agrega: “Pero yo prefiero hacer libremente voto de obedecer a tener que obedecer sin haber hecho voto”, un

puntillazo sobre el matrimonio, a lo que responde el médico ampliando el radio de la crítica: “[...] deberían dejar salir a todo el mundo de todas partes; ésa es mi opinión”. No, las aspiraciones disidentes y la rebeldía de Celina no tienen nada que ver con un desencanto originado en una frustración personal por pretensiones suyas al estado matrimonial que no hayan cuajado. Es lo que ha observado y sabido del matrimonio lo que la inocula contra la creencia de que ése sea el Ábrete Sésamo de la felicidad.

Por eso, cuando con la complicidad arribista de su familia a favor de un pretendiente declarado, le llega la oportunidad de casarse, vacila, pero, como era de esperarse, termina por escurrir el bulto, como dice el lugar común. Aunque el partido cumple más que las expectativas burguesas: poder, dinero, físico, inminencia del ministerio de agricultura; la experiencia de Celina sobre el matrimonio, su perspicacia instintiva y la profunda honestidad consigo misma que la caracteriza, adivinan bajo el barniz de aquella apariencia brillante, la vulgaridad, el machismo, el interés utilitarista que el pretendiente tiene para con ella y una indefinible pero cierta aura de animalidad que rodea, acompaña e impregna a aquel único novio de unas semanas; animalidad que rechaza todo su ser. También le resulta claro que entre ellos no ha nacido el amor: no hay amor; no hay matrimonio, es su manera de pensar. Este episodio se erige como una prueba más de que no hay que buscar en su marginalidad del estado matrimonial la razón de su choque permanente con su familia y el medio social. No ha sido, pues, lo repetimos una vez más, una soltería forzada, no deseada, ni un temor a ella, la razón de la íntima conciencia de fracaso que acompaña a Celina: han sido sus proyectos de vida diferentes al matrimonio abortados por sucesivas confabulaciones de su familia, inspiradas por el egoísmo, el machismo y los valores sociales convencionales. A esas frustraciones acumuladas su familia le tiene reservada la que le da el puntillazo final a su regreso de Chicago. Ausentes sus padres de la casa paterna, sueña con volver a sus amplitudes a ver qué pasa con su vida, sepultados ya sus sueños de ser médica, monja o enfermera. Pero se encuentra con que —y de nuevo como resultado de un “sabio” concilio familiar— “se ha llegado a la conclusión de que lo mejor para ti, Celina, es que vivas con nosotros”, le informa su

hermano Héctor. Y agrega que es impensable concebir siquiera que ella, una mujer de su condición, vaya a poner en riesgo su seguridad y respetabilidad yéndose a vivir sola en ese caserón, que para eso está la familia que no la va a dejar sola por nada del mundo, etc., etc. Además, continúa cambiando el tono de voz mientras saca bajo la manga la carta verdadera: “Resulta antieconómico para la familia, todos hemos estado de acuerdo en ello, sostener ese caserón únicamente para que tú vivas sola en él”. Apenas si escuchan por cortesía la salida de transacción que les propone Celina: vender la mitad de la casa para quedarse ella a vivir en la otra mitad, que sostendría con los dineros que ha heredado.

Si el estudio que hemos adelantado hasta este momento de los rasgos centrales de *La Cisterna* hubiera rendido sus sentidos todos, podríamos resumir lo dicho hasta aquí diciendo que se trata de un relato muy interesante y novedoso por estar basado en una problemática históricamente cierta, por el tratamiento más atrevido y concentrado del asunto que lo realizado por novelas colombianas anteriores que se ocuparon de diferentes aspectos del tema, y por la convincente verosimilitud e individualidad de su historia y sus personajes. Pero no más. Ni poco, ni mucho. Ni poco, por su calidad literaria y su atrevimiento crítico. Ni mucho, porque esos logros no serían suficientes para destacarla como una novela colombiana sobresaliente. Novelas bien escritas y críticas de nuestras realidades hay decenas. Pero sucede que *La Cisterna* desata en el lector una solidaridad con Celina, un rencor contra quienes participan en el aniquilamiento de lo mejor que había en ella —todos y nadie en particular—, que son de un orden superior a lo obtenido por lo que se llama “un personaje bien logrado”, construido con esa eficacia que hace pensar en que el autor lo tomó de un modelo real. Ese “orden superior” en la solidaridad que desata el personaje, muy probablemente no se hubiera alcanzado, por fuertes que fueran los episodios, si el plano del relato se circunscribiera al acontecer episódico externo, que, es claro, lo articula, (y no hay duda de que son dramáticos esos

El excepcional sacudimiento doloroso que Celina funda en el lector, la cifra que produce en esta novela esa condición más aguda y explosiva en el tratamiento del tema que lo usualmente obtenido por la generalidad de las novelas colombianas que se han ocupado de la situación de la mujer, obedece a la intromisión de otros lenguajes que el realista.

novela esa condición más aguda y explosiva en el tratamiento del tema que lo usualmente obtenido por la generalidad de las novelas colombianas que se han ocupado de la situación de la mujer, obedece a la intromisión de otros lenguajes que el realista.

Sueños o fragmentos de sueños —más exactamente de pesadillas— y trozos de escritura imaginaria libres de amarras con la realidad, ahondan lo que ocurre en el plano de la vigilia y en el pensamiento consciente. En estos lenguajes el relato trasvasa a símbolo los dramas del acontecer cotidiano, establece, en la libertad interpretativa que le concede la imagen autónoma respecto de sujeciones veristas, la radiografía de los daños causados en las profundidades del ser de Celina. No está por demás precisar que “símbolo” no equivale aquí a abstracción conceptual, a un salto del dato fáctico a la idea descarnada. No, se trata más bien de lo opuesto, de ir hasta las honduras de un cuerpo y un alma atormentados, pues sólo el lenguaje onírico y el de un imaginar sin ataduras realistas pueden ir más allá de donde llega la escritura literaria que se queda de este lado de esos otros territorios, en el decir realista. Ellos consiguen establecer el mapa de resonancia más cierta de cada golpe, de cada negación, de cada puerta que le es cerrada a Celina, porque el mayor poder de acercamiento del lenguaje de los sueños y el de la imaginación sin fronteras radica, como en el caso de la poesía, en que ese aparente alejarse del objeto en el rodeo

episodios: no por suceder entre las paredes de una casa de familia convencional de clase media en el Medellín de los años veinte a los sesenta, en un colegio de internas, en un centro asistencial de salud y en los hogares de sus hermanos, el acontecer episódico esroso; sucede lo contrario: por la alquimia del relato esos espacios cerrados hacen de óptima caja de resonancia para que el tormento sufrido por Celina y los golpes de ciego de su rebeldía impotente y casi por completo silenciosa, lleguen al lector y lo anonaden). El excepcional sacudimiento doloroso que Celina funda en el lector, la cifra que produce en esta

de la alusión metafórica, ese proyectar una cosa, un tejido de hechos, en coordenadas de hechos y cosas que le son lejanas y hasta extrañas en naturaleza, tiempo y espacio, por una inusitada alquimia de asociación alcanzan la intuición de su ser más cabal, de su verdad más recóndita, entendiéndolo por ésta un horizonte, una sospecha, las ondas de una conmoción, el relámpago que viene de las profundidades, si bien éstas nunca aparecerán, tal vez porque son entidades móviles, en cambio permanente. Hablamos de las repercusiones que causan en Celina los sucesos que a lo largo de su vida terminan por aniquilar lo mejor que hay en ella.

La presencia de esos otros lenguajes en la novela que comentamos requiere de una aclaración previa. El recurso utilizado por la autora para contar la historia es en realidad el muy venerable del viejo manuscrito hallado en alguna parte por azar, recibido por alguien a quien se le ha enviado ex profeso o escuchado en circunstancias extremas o normales de quien hizo de relator primero; historia que la voz narradora “se limitará” a transcribirnos, introduciendo si acaso algún orden en aquello y sólo si fuere necesario, pues su intención o papel no quiere ser más que permitirle al lector un conocimiento de los sucesos tal y cual los leyó o se le contaron, modesto servicio que el narrador asume con la pretensión única de entretener o ilustrar al posible lector. Como es sabido, y se ha dicho una y otra vez, lo que se busca con esta astuta estrategia narrativa es engatusar al lector, desarmarlo de sus reservas para que acepte aquello como cierto, como efectivamente acaecido. Si quien le transcribe el relato no es protagonista en absoluto de los acontecimientos narrados, resulta claro que debe descartarse que se trate de una invención, ¿pues qué interés tendría en ello si la historia no le concierne de manera directa? Menos tendría esa intención quien originalmente la escribió o narró por vial oral, ya que en absoluto pensó en hacer de ella un libro, como es claro, sino que se limitó a obedecer a la necesidad muy humana de la confianza, impulsado por el amor, el sufrimiento, el anhelo de comprensión, la voluntad de denunciar una injusticia, la conciencia de culpa o el ánimo simple pero inmemorial de entretener a unos escuchas o a un lector hipotético.

La narradora es una sobrina de Celina, quien a la muerte de ésta es encargada por la familia,

y por voluntad expresa de la difunta unos meses antes de su fallecimiento, de hacer un inventario de las pertenencias de su tía, con el objeto de distribuir entre los familiares lo que sea de alguna utilidad práctica o decorativa, vender lo que se pueda y dejar que se arruine el resto en algún zarzo o sótano:

Dejé para lo último la vaciada de un mueble, original por la multitud de cajones y repisitas [...] En uno de sus ocho cajones y escondido debajo de la cartulina verde con que mi tía tenía forrados todos sus armarios y alacenas, había un legajo de papeles tan escondidos y tapados que por poco los boto [...] Por escondidos me interesaron y empecé a hojearlos. Una vez iniciada su lectura no pude suspender hasta no haber leído la última de las hojas y al terminarlas me quedé largo rato sentada, anonada, abstraída, aterrada, sin poderme mover de allí [...] Unos o máquina, otros a mano, aquellos escritos me revelaron la trágica realidad de mi tía Celina —frustrada, trunca, mísera [...] Unas relataban sueños, otras imaginaciones, había esbozos de diario, algunas cartas y anotaciones [...] Después de leerlos [...] decidí publicarlos [...] me puse a averiguar con toda calma cuánto pude sobre su vida, para completar lo que se desprendía de los escritos [...] El orden en el que ella guardaba sus hojas no es el que utilizo para presentarlas porque inexplicablemente no coincide con el orden de su vida [...] Las imaginaciones las transcribo tal y como las encontré, apenas con correcciones de puntuación o sintaxis; en los sueños hice los cambios necesarios para lograr una mejor ilación del conjunto; por último, sus pedazos de diario, desahogos esporádicos y las cartas que le escribió mi padre, totalmente deshechos en la forma pero con la idea que encierran intacta, me sirvieron para sostener la trama y hacer comprensible la vida de mi tía.

Así, en cada capítulo se incluyen las pesadillas e imaginaciones intercaladas en el cuerpo del relato central, donde supuestamente se reciclaron fragmentos de diarios, cartas, notas sueltas y las entrevistas a que, se supone, debió someter la narradora a los miembros de la familia que trataron a Celina. Una noche sueña que es un tarro de basura rebosante de desperdicios; le llueven patadas, pedradas, caídas, traslados bruscos, mientras la continúan atiborrando de porquerías y ella padece su impotencia de objeto y la sordera de los demás cuando en su lenguaje de caneca les quiere llamar la atención sobre algo. Cualquier día en el internado es dominada por una visión en la que todo lo existente se revela chato, gris, amorfo, sin volumen, sin expresión,

sin contrastes de luz y sombra: gris (“su padre, los techos, el piso, las personas que se cruzaban con ella en el corredor...”, y ella no padecía ninguna sensación desagradable pero nada le interesaba). Un tiempo después sueña que viaja en un tren donde nadie parece verla, donde su boca no puede emitir ningún sonido y donde serpientes amenazan deslizarse entre los dientes. Años más tarde asienta en el papel una travesía (¿pesadilla?, ¿visión?, ¿imaginación?) de nueve días a partir de un lugar cuyos rasgos no se precisan en ningún momento: “Ayer hablé con el guía y le dije que me sacara de aquí, olvidé decirle dónde quería ir, por cuál medio y en qué condiciones, porque no me importa. Lo único que quiero es irme cuanto antes...”. Y el relato continúa y culmina en medio de atmósferas irreales y espacios indeterminados, opresivos, hacinados y ruidosos donde nunca tiene un minuto de reposo, donde a toda hora es objeto de las miradas entrometidas de los demás y destinataria involuntaria de conversaciones superfluas hasta lo insoportable; espacios de los cuales intenta evadirse sin poder hacerlo, pues cuando decide “salir de allí” es de noche, lo hace por un túnel a oscuras y sin saber exactamente qué la espera del otro lado. El viaje se realiza en medio de sobresaltos constantes, de riesgos para su integridad física, de un dolor que afecta su cuerpo todo y hasta sus recuerdos, dominada por el temor de que se rompa la cuerda que la une al guía, oprimida por “la sensación muy nítida de haberse dividido en dos mujeres”; al noveno día de su marcha ha comenzado a sentir cierto bienestar pero se da cuenta de que no tiene nada seguro:

Está de noche y yo sigo sin ver. Nadie sabe para dónde me fui. Si este hombre resuelve que quiere detenerse —ien pleno túnel!— regresar por otro caminante y me deja aquí plantada, ¿qué hago?, ¿seguir?, ¿para dónde, si no se para dónde voy? Y si por casualidad llego a cualquier parte, ¿qué hago una vez allí?

Fragmentos semejantes acompañan hasta el final el cuerpo central del relato, su materialidad narrativa es variopinta, pero constituyen una suerte de indudable texto paralelo al relato realista, una especie de imagen deformada de éste, de su proyección en planos profundos de la sensibilidad y el pensamiento. El sueño de un hombre que muere a golpes y donde ella es a la vez víctima y victimario;

la sublimación —esto ya en un plano más consciente— del sacrificio de su viaje a Alemania por quedarse atendiendo a su padre enfermo; la sensación de ser dos al final del día, cuando ha dedicado todo el tiempo a servirle a su familia: “Una, rendida de fatiga, quiere dormirse, está ocupada, tiene que hacer al día siguiente, tiene que dormirse y cree y cree que quizás está exagerando la situación. La otra tiene un loco por dentro, un loco enloquecido que no puede parar un momento de moverse, de agitarse, de sentir”. Más adelante se encuentra el que con toda claridad es el fragmento más redondo, coherente, radical y explícito de este lenguaje de alusiones, y cuya marginalidad en este caso respecto del tratamiento realista convencional se encuentra no en la naturaleza de los elementos que lo componen, sino en las libertades fantásticas que el narrador se permite, en sus asociaciones imposibles. Esto hace que el sentido construido se resienta a mi juicio de cierta obviedad y hasta de cierta prolijidad, pero no por eso resulta menos impactante, menos conmovedor. Este podría ser su resumen apretado: Celina le manifiesta a un hombre vestido de blanco, y cuyo rostro no ve, que le duele el pensamiento. El hombre, que ha adquirido de pronto la fisonomía de su hermano Héctor, le diagnostica un tumor y afirma que se encuentra bajo capas que debe retirar. Esas capas son sus edades todas, desde la niñez a la madurez, pero a todas ellas las encuentra vacías, lo que la desconcierta, primero, y luego, angustia. En ninguna hay huella de nada y se les retira en medio de comentarios de objetividad fría. Su cráneo está lleno de orificios por donde se le fuga el cerebro. Un zumbido llena su cerebro y se lo comunica al hombre, que ya no es su hermano sino un hombre “oscuro”, con estas palabras:

Un zumbido no se explica: se siente. Y las sensaciones difícilmente pueden expresarse con palabras / Zumbido es el remolino que se forma en el cerebro del que está bregando por no pensar; es el dolor en la mente del que tiene sueño y no se puede dormir; es lo que produce la conversación que oímos sin entender, que si entendemos no nos interesa y que sin embargo es obligatorio seguir oyendo; es la rabia que da por dentro cuando no puede dar por fuera y se queda indefinidamente retumbando. No tiene que ser fuerte para ser aniquilador...

Luego el tumor le es extraído por una religiosa enfermera, pero recibe la noticia de que debe cargar con él hasta que se extinga por sí solo.

Ese juego de espejos entre lenguajes literarios colindantes pero claramente diferenciados, ese roce entre ellos, esa frotación que produce explosiones liberadoras de sentidos múltiples, resonancias y asociaciones que no podrían tener ocurrencia si el relato diera cuenta de un solo tipo de las escrituras convocadas en esta novela, y ese anclaje histórico indudable de su problemática —como se rastreó en las páginas iniciales de este trabajo— hacen de *La Cisterna* otra cosa que sólo una más entre tanta novela sólo pasable, entre novelas que cumplen ese mínimo de dignidad estética que justifica su edición, pero no más, y la destacan como una obra literaria colombiana sobresaliente, moderna en su factura, hondura y amplitud de sentidos obtenidos, atrevida en el vigor, alcance y desparpajo vital de su puesta en escena, de su representación, ideológicamente irreverente y hasta iconoclasta, y en cuanto a su temática específica, la mejor novela colombiana que se ha escrito sobre el asunto, la que más arriesga y más lejos llega, una novela que uno no se explica por qué no ha obtenido mayor reconocimiento. Su primera edición es del año 1971 y la segunda tardó dieciocho años. Le ha faltado tal vez el empuje que podría darle una editorial comercial.

En las dos ediciones referidas, el texto va acompañado de la reproducción de obras famosas de la pintura universal. Son un acierto en su diferencia misma de lenguajes plásticos, que van desde lo figurativo impresionista y expresionista, hasta lo surrealista y onírico. Renoir, Tanguy, Delacroix, Paula Modersohn Becker, Turner, Blake, Morandi, Maxime Van Woestijne; una selección magnífica que en sí misma agrega la capa de otra lectura de la vida de Celina, es decir, constituye algo más que una labor de ilustración gráfica, y por eso resulta imprescindible en toda edición que se haga de la novela.

La confluencia de factores que hemos precisado en este ensayo da como resultado la imagen total de un personaje en quien pensamos como si efectivamente hubiera existido, y ronda en nuestro ánimo como una persona de cuyo discursar triste y hasta trágico nos hemos enterado con abundancia de detalles. Tal sensación en el lector, tal anulación de su distancia, de su reserva, ese haberle hecho olvidar que lo que ha leído es una ficción, aunque basada en la realidad, es la

mejor prueba del éxito literario que su autora ha alcanzado con este libro. Celina es uno de los personajes femeninos más convincentes y dolorosamente inolvidables de la literatura colombiana.

Los primeros apuntes para este trabajo datan de hace catorce años. Retomadas hace dos meses esas viejas notas a máquina de escribir, me fue claro que tenía que releer la novela porque con tantos años muchos de sus rasgos se habían hecho difusos. Mientras la releía, y luego, cuando repasaba sus páginas y volvía una y otra vez sobre algunos párrafos, subrayaba apartes y tomaba notas, el fantasma doloroso de Celina volvió a ocupar su lugar, que ya en esa primera lectura de hacía más de una década supo abrirse paso a codazos entre legiones de personajes de mis lecturas de toda la vida para estar entre los más cercanos, entre aquellos en los que uno piensa como amigos, como seres que tuvieron existencia real. El proceso final de escritura de esta nota renovó y afianzó esa proximidad, en la que hay un anhelo doloroso, imposible de cumplir, por supuesto, de que de algún modo, en algún lugar, en algún tiempo, Celina sea resarcida de tanto dolor, de tanta frustración, de tanta soledad final, de tanto olvido de todos nosotros. Su presencia intermitente y asediante, con insistencias de obsesión, ha derivado hacia un curioso contacto con fotografías del Medellín de décadas atrás, de las que me he visto rodeado durante treinta años en mi trabajo de bibliotecario, al igual que lo he sido por miles de libros de autores de la región. Me he sorprendido mirando esas fotos, sobre todo las del Medellín de los años treinta y cuarenta del siglo pasado, que es el de Celina joven, intentando adivinarla entre las mujeres que las cámaras de nuestros fotógrafos detuvieron para siempre en calles, oficinas, almacenes, parques, patios, salones familiares o aulas, al pie de un avión o entre las muchachas alegres cuya juventud nos mira desde un automóvil descubierto. Intentando adivinarla y musitando mentalmente, y en voz muy baja: Celina, Celina. ■

Jairo Morales Henao (Colombia)

Egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Coordinador de la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín y director del Taller de Escritores de esta entidad. Entre sus obras publicadas están: *El texto y la mirada* (1996), *El carpintero soñador* (2001) y *La ciudad y sus escrituras* (2003).